

DISCURSO DEL SEÑOR JULIO SALAS VIVALDI

Señor rector, autoridades, señoras, señores:

La Universidad de Concepción ha cumplido su trigésimo quinto año de vida.

Nació en cuna modestísima, como es del dominio público, y gracias sólo a la decisión, empuje y espíritu visionario de un puñado de hombres de temple de acero.

No quiero entrar en detalles, pues son demasiado conocidos, acerca de los primeros pasos de esta bella obra, que tantos beneficios ha traído a la región y al país entero.

Pero se siente honda satisfacción cuando se constata que, no obstante su humilde iniciación, como un niño superdotado ha crecido y se ha desarrollado rebosante de energías, alzándose hoy esplendorosa en lo espiritual y material, inquieta hacia toda manifestación de las ciencias y de las artes y con un afán constante de renovación y perfeccionamiento. Su hermosa ciudad universitaria, orgullo de Concepción, en lo material, constituye un verdadero monumento a la cultura.

¡Y cuánto bien ha proporcionado a la juventud este instituto de altos estudios! Sin él no habría sido posible que innumerables jóvenes ostentaran hoy el título profesional que los convierte en destacados hombres de estudio y en ciudadanos probos, eficientes y utilísimos en el progreso social.

Por todo esto, señores, permítaseme que en esta ocasión solemne desahogue mi espíritu y exclame: ¡Gracias, mil gracias, hombres visionarios, románticos e idealistas que tuvisteis la genial idea de fundar esta universidad!

Y la Universidad de Concepción, con la seriedad y estrictez de sus estudios y con el ejemplo, sabiduría y rectitud de sus profesores, cumple ampliamente con aquella misión tan elevada, fundamental en estos tiempos de crisis moral, de substituir el profesionalismo utilitario y materialista por la formación de ciudadanos pre-

parados y de espíritu abierto, que teniendo el más amplio concepto de la comprensión social, estén dispuestos a hacer los mayores sacrificios en favor de sus semejantes y de la colectividad en general. Sólo comprendida así la labor de una universidad, podremos disfrutar de tiempos mejores, en los que impere la abnegación y la buena fe y se destierre la mezquindad y el egoísmo.

Nuestra universidad, consciente también de su elevada finalidad, ha abierto sus puertas a la investigación, como una manera adecuada y eficaz de contribuir con su ciencia al progreso y bienestar común. Cabe recordar a este respecto las palabras de un maestro: "Las universidades crean lo que no crean los ejércitos; las universidades arrancan los secretos de la naturaleza, descubren las materias primas para la utilización de las fuerzas del hombre, cosa que no hacen los gobiernos con decretos, ni los ejércitos con bayonetas ni legiones".

Es evidente que la labor universitaria debe estar dirigida preferentemente hacia la investigación, y luego, como una irradiación de ésta, a la enseñanza; pero la investigación ha de ser amplia, extensa, sin límites, en forma que beneficie a la humanidad entera y por la superior mira de difundir la verdad. Si es aislada, restringida, destinada a servir a un grupo reducido de hombres, de nada vale,

La Universidad de Concepción realiza también, en forma amplia, la trascendental misión de mantener dentro de su seno un clima de libertad y tolerancia, tanto en la docencia como en la investigación. Es un imperativo de todo instituto universitario, que no le es dable eludir, velar por el libre juego de las ideas, dentro, naturalmente, de un marco de respeto y comprensión. Recordemos que el lema del nuestro es "Por el desarrollo libre del espíritu".

La ausencia de libertad en la universidad y la intromisión de elementos o factores, desvinculados a ella, que pretendan desviar sus elevados designios, hacen que degeneren en algo unilateral, sin sentido democrático, que sólo contribuye a inculcar en la ju-

ventud conceptos que no miran a la felicidad de la humanidad, sino de grupos determinados, lo que es del todo inaceptable.

* * *

Es tradicional que en este día en que nuestro plantel universitario celebra alborozado su nacimiento a la vida de la cultura, se despida a los alumnos que egresan de sus aulas y se haga entrega de significativas y valiosas distinciones a aquellos que, en concepto de sus maestros, han merecido ese galardón.

En nombre de los jóvenes agraciados con tan honrosa delicadeza, cúmpleme expresar mis más sinceros agradecimientos.

En realidad, nos bastaba la satisfacción del deber cumplido, pero la universidad, con ese amplio y fino espíritu maternal tan suyo, ha querido agregar a ese íntimo sentimiento nuestro, hechos ostensibles que pongan de relieve que en el curso de nuestros estudios hemos hecho lo posible por no defraudar a quienes con tanta abnegación y sacrificio han deseado convertirnos en hombres de trabajo y en elementos útiles a la sociedad.

Pero la verdad es, señores, que con nuestro esfuerzo, que no ha sido muy intenso, jamás habríamos podido llegar al resultado obtenido. Es a nuestros queridos profesores a quienes debemos la enorme satisfacción que en estos momentos experimentamos. El afecto y adhesión que siempre nos demostraron, su sabiduría, la humana comprensión hacia nuestros problemas y su total desinterés, han sido determinantes para que, con una actitud de lealtad que no podía faltar en hombres de corazón bien puesto, tratáramos de corresponder a sus nobles propósitos y desvelos.

Queridos maestros: recibid nuestro profundo reconocimiento y tened la certeza de que vuestro ejemplo será para nosotros un guía inestimable en el sendero que hoy la vida nos abre hacia el futuro. Es nuestro vehemente anhelo que vuestra mano siempre amiga continúe señalándonos el rumbo de la rectitud y la justicia y que no

dejéis de brindarnos, cada vez que sea necesario, el valiosísimo tesoro de vuestra dilatada experiencia y sabiduría.

La universidad se desprende de los que hemos egresado de sus aulas y que hasta ayer fuimos sus hijos, para que, enfrentados a la vida diaria, que no siempre es fácil, laboremos por iniciativa individual y propia en las actividades profesionales que nos corresponda realizar.

Aún cuando por los azares del destino es difícil vaticinar cuál será el resultado de nuestros esfuerzos, tenemos la convicción de que con el acervo espiritual y científico que la Universidad de Concepción con tanta largueza nos ha dado, sortharemos airoso los escollos del camino que hacia nuevos horizontes ahora emprenderemos.

En estos momentos dolorosos de la partida, ya que no otra cosa significa egresar de esta querida casa universitaria, permítaseme manifestar mi más honda gratitud a todos aquellos que con sus enseñanzas, amistad y ejemplo contribuyeron a modelar nuestra personalidad en forma de capacitarnos para zanzar con éxito los tropiezos y problemas del futuro. Vaya, en especial, mi profundo reconocimiento al eminente rector don Enrique Molina.

Y para la Universidad de Concepción, que ha sido por varios años nuestro hogar espiritual: ¡Gracias y más gracias, y nuestro vehemente deseo de que continúe en su siempre ascendente senda de engrandecimiento y prosperidad!

DISCURSO DEL DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA, DR. DON IGNACIO GONZALEZ GINOUVES

Señor rector, señoras y señores:

Celebra en estos días nuestra universidad su aniversario, y aprovecho la solemnidad de este acto, que es la culminación de lo que se ha llamado el día de la institución, para hacer entrega a los alumnos agraciados de los premios a que se han hecho acreedores.

Son estos dos motivos importantísimos los que nos congregan aquí en estos instantes.